

Clientelismo, primer peronismo y micropolítica

Nicolás Quiroga (UNMdP)

**Publicado en:** Pérez, Germán; Aelo, Oscar y Salerno, Gustavo (editores): *Todo aquel fulgor. La política argentina después del neoliberalismo*, Buenos Aires, Trilce, 2011.

¿Qué tiene que ver el peronismo con el clientelismo? Tomemos una definición de clientelismo político para tratar de proponer algunas entradas a esa pregunta. La definición de Jonathan Fox en un artículo suyo bastante citado podrá servirnos: “Una relación basada en la subordinación política a cambio de recompensas materiales”. Favores por votos, sí, pero con consecuencias más graves. Dice Fox, que esas prácticas, las clientelares, obligan al pobre a sacrificar sus derechos políticos si quieren acceder a programas distributivos. Esa condicionalidad interfiere con el ejercicio de los derechos ciudadanos y mina la consolidación de los regímenes democráticos. Para Fox existe una relación entre la competencia electoral nacional y la autonomía asociativa, aunque sus efectos son políticamente contingentes<sup>1</sup>.

Aunque el concepto o noción ha viajado mucho, se puede hallar en varias de las definiciones del clientelismo ese fondo que a partir de la mistificación de la autonomía asociativa encuentra “natural” diferenciar la acción política entendida como deseable de las

---

<sup>1</sup> Fox, Jonathan A. (1994). “The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship: Lessons from Mexico” en *World Politics*, 46, 2, 151-184.

relaciones clientelares (indeseables). Los viajes del clientelismo como concepto han sido extensos. Conviene recordar lo que Germán Soprano contó en alguno de sus textos, acerca de las primeras estaciones que tuvieron en sede antropológica las relaciones patrón-cliente en provincias argentinas (los trabajos de Hermitte y Vesuri), conviene citar el lugar del clientelismo en la sociología de Javier Auyero, la importancia que Steven Levitsky le asigna en su libro proveniente del campo de la ciencia política. El último libro de Auyero, *La Zona Gris*, termina precisamente trayendo otra vez a escena esa imagen que referimos más arriba, esa imagen del clientelismo como una forma disminuida de la acción política: en el final del texto Auyero rememora la caída de “Pedele”, un progresista de larga data y activista por los derechos humanos. La facción que lo llevaba como candidato a intendente, el día de la elección se encuentra con otra facción que ofrece \$50 por voto, en la esquina de una villa miseria. Los militantes de Pedele atracan a los adversarios y empiezan a comprar votos en otra esquina. Dice Auyero para terminar su libro: “Ni Pedele ni yo sabemos cuál es el verdadero alcance del daño que esta clase de prácticas les hace a las instituciones democráticas”. Estamos en este punto, muy lejos de la contingencia para dar cuenta de la relación entre clientelismo y elecciones. Como se sabe, en los trabajos de Auyero y en los de Levitsky, el clientelismo y el peronismo están íntimamente relacionados. Y en ambos, las unidades básicas ocupan un lugar central en los argumentos. Ya sea porque ellas son parte importante de las redes de resolución de problemas; ya porque en las mutaciones del peronismo, la informalidad habita en esas máquinas de rutinizar comportamientos y de diferir la burocratización. No hay muchos otros conceptos que estén tan unidos al sintagma Unidad Básica como es el de clientelismo para los años ochenta y noventa.

Hay otra relación entre peronismo y clientelismo que propongo recordar (no son las únicas claro). Es la aseveración que Eduardo Elena hace al analizar los modos en los que el populismo se relacionó con la dimensión del consumo. El modo en que las políticas y las medidas del gobierno peronista alrededor del comercio impactaron en la sociedad civil<sup>2</sup>. Para Elena, el peronismo operó desde dos perspectivas sobre el consumo: por un lado trató de disciplinar al comercio y, por el otro, movilizar a los consumidores. Esto en un marco de fricción entre un movimiento obrero que presionaba por subir salarios y mantener precios, y políticas corporativas y estatales para mantener sofrenada la inflación y aumentar los márgenes de ganancia. En el cruce de esa fórmula estaban enclavados los controles anti-especulación. Actos públicos que, según Elena, permitían llevar a la práctica la retórica de la justicia social, convertir a esta en espectáculo. El enemigo en esos espectáculos es el “agiotista”. Más allá de otros aspectos más importantes en el trabajo de Elena, aquí nos detenemos en una cuestión: para el historiador, el gobierno peronista prefirió relaciones clientelares para enervar la figura del agiotista ya que en ningún momento alentó la formación de asociaciones autónomas como, por ejemplo, ligas de consumidores.

Tenemos entonces dos modos de pensar al peronismo y su relación con el clientelismo: un clientelismo de corte ideológico, con el estado como arquitectura; y un clientelismo con relaciones triádicas o diádicas, con las unidades básicas como arquitectura. Se podría decir que, según estas versiones, el peronismo es clientelar por arriba y clientelar por abajo.

---

<sup>2</sup> Elena, Eduardo. "Justice and Comfort: Peronist Political Culture and the Search for a New Argentina, 1930-55". Tesis de doctorado, Princeton University, 2003; del mismo autor: "Peronist Consumer Politics and the Problem of Domesticating Markets in Argentina, 1943-1955", *Hispanic American Historical Review*, vol. 87, número 1, 2007, pp. 111-149.

Para los años cincuenta, sin embargo, y aquí vamos a un momento histórico para luego tratar de proponer alguna idea que pueda iluminar la problemática general, las elites peronistas se hallaban empeñadas en eliminar el clientelismo de las filas partidarias, de las unidades básicas, a las que habían descubierto cada vez más parecidas a los comités. Desde muy temprano, al año siguiente de la gestación del partido peronista y de la aprobación de la *Carta Orgánica* de 1947 en la que las unidades básicas eran un lugar fundamental para la selección de candidatos, las elites peronistas se empeñaron en distinguir a los comités de las básicas, máxime cuando se iba naturalizando la idea de que las básicas eran de tal o cual dirigente. El modelo, curiosamente, como lo ha tratado Carolina Barry fue expuesto en toda su magnitud a la hora de armar el PPF. Desde revistas peronistas como *Mundo Peronista* se insistía en ejemplos de básicas en donde el afiliado podía desde aprender doctrina hasta cortarse el pelo, pero bajo ningún concepto el dirigente podría “ponerse a hacer favores”.

Resulta clara y distinta la distancia entre lo que se hacía en las básicas y lo que las elites políticas peronistas esperaban que se haga, a partir no ya de esa definición sino de las sugerencias publicadas en impresos partidarios. “Pequeña comunidad donde se forman, desde el punto de vista cívico, los hombres del peronismo”, sostuvo *Mundo Peronista*, en una nota sobre “El movimiento peronista, la organización masculina”<sup>3</sup>. En diciembre de 1951, la revista presentó a la “unidad básica ejemplar” de la calle Nazca al 3300 en Capital Federal. No era un comité de la época de la antipatria, siempre según *Mundo Peronista*, sino un “centro de estudios políticos y de cultura emancipadora”, en el que se brindaba asesoramiento jurídico y atención médica a los afiliados. La básica de la calle Nazca

---

<sup>3</sup> *Mundo Peronista*, número 6, 1951.

contaba con más 9500 afiliados y con una afluencia de entre 80 y 100 personas diarias. Comenzó a funcionar en 1947 y en marzo de 1950 pasó a ser una unidad básica<sup>4</sup>.

Ya son conocidas las enseñanzas de “Silo Gismo” en distintos números de la revista<sup>5</sup>. Durante varios números de la revista, “Silo Gismo” escribió notas sobre lo que debería hacerse en una básica. Las tareas más destacadas en ellas eran afiliar y fichar a los afiliados. Las críticas del columnista se detuvieron en el caudillismo, las “gauchadas” (“resolver problemas personales es, en general, lo más impolítico que pueda darse”) y los “chismes”<sup>6</sup>. Más adelante, “Silo Gismo” definió a las básicas como “una casa del Partido Peronista en su barrio”. Una definición que podría ser suscripta por la mayoría de los afiliados, sin embargo, el autor reforzaba en los párrafos siguientes la dirección única de esa definición, con las tareas propuestas para esas células: difundir el plan económico, recortar los diarios peronistas y crear un archivo de los discursos de Perón y Evita...En la nota, “Silo Gismo” señaló la inutilidad de pensar a las básicas como peldaños para cargos políticos (“puede darse que un secretario de Unidad Básica –o una Subcensista– llegue a ser algo más...; pero esa no es la regla. El partido tiene 10000 Unidades Básicas y no hay tantos diputados y senadores...”)<sup>7</sup>. Aparentemente, la serie sobre las unidades básicas publicada en *Mundo Peronista* tuvo repercusiones, y la redacción recibió comentarios postales. Eso señaló “Silo

---

<sup>4</sup> *Mundo Peronista*, número 11, 1951.

<sup>5</sup> Panella, Claudio: “Mundo Peronista: “Una tribuna de doctrina””, ponencia presentada en el *Primer Congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década*, Mar del Plata, noviembre de 2008; Qués, María Elena: “Estrategias persuasivas durante la campaña electoral de 1951: el caso de la revista *Mundo Peronista*”, ponencia presentada en el *Primer Congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década*, Mar del Plata, noviembre de 2008. Para Panella, “Silo Gismo” fue uno de los seudónimos de Jorge Newton, director de la revista; para Qués, puede adivinarse en la pluma de “Silo Gismo” el estilo de Santos Discépolo.

<sup>6</sup> *Mundo Peronista*, número 12, 1952.

<sup>7</sup> *Mundo Peronista*, número 16, 1952.

Gismo” en el que fue el último elemento de la serie, respondiendo a quienes se vieron señalados en las críticas del escritor, y a quienes le pidieron credenciales (“Mundo Peronista es el órgano de difusión de la Escuela Superior Peronista”)<sup>8</sup>. Silo Gismo basó sus argumentos en el reglamento partidario de 1947, aunque sin mencionar la actividad político-partidaria que implicaban las elecciones a nivel de básicas y distritos. En el mismo momento, *Palabra Peronista* –el órgano oficial del Partido Peronista en la provincia de Buenos Aires–, definía a las básicas a partir del *Plan Político Orgánico* 1952-1958 (una serie de directivas que modificaba sustancialmente el reglamento interno del partido). La Unidad Básica debería ser, para la publicación oficial, “un centro en el que el afiliado reciba instrucción peronista. Un lugar común de reunión en el que el ciudadano pueda gozar de ratos de esparcimiento y en el que la política ocupará el lugar dignificado que le corresponde”<sup>9</sup>. Esos centros, además, no podían ser “opacos”, no podían participar de esa tonalidad propia de la acción política de los comités (“la unidad básica es una casa de cristal, que a través de sus paredes se ve todo nítidamente, para que no pueda dudarse de la sinceridad de nadie”<sup>10</sup>).

Esa idea de la básica como unidad mínima de la comunidad organizada indicaba que en esas células se administraba un número determinados de afiliados correspondientes a los peronistas de una determinada área o circuito electoral. No solamente se intentaba moldear comportamientos sino también modificar las reglas del juego político de tal modo que las básicas no surgieran incontroladamente por doquier. Por curioso que parezca, las elites

---

<sup>8</sup> *Mundo Peronista*, número 17, 1952. En 1954, “Silo Gismo” volvió sobre los comportamientos en las básicas a través del ejemplo concreto. *Mundo Peronista*, número 60.

<sup>9</sup> *Palabra Peronista*, 14 de octubre de 1952.

<sup>10</sup> *Palabra Peronista*, 11 de noviembre de 1952.

políticas no confiaban demasiado en ese “clientelismo” que se practicaba a ras de suelo; pero además, en ese mismo nivel los peronistas habían descubierto que la activación de asociaciones autónomas, no partidarias, de la sociedad civil, etc. podía poner límites a sus prácticas políticas y esto no porque las juntas vecinales, asociaciones muy extendidas durante el período y muy abiertas al diálogo con el peronismo, fueran por naturaleza un freno al clientelismo, sino porque eran más “clientelares” que lo que los propios peronistas estaban dispuestos a soportar: en efecto, muchas vecinales aceptaron diversas formas litúrgicas propuestas por los peronistas (saludar, felicitar, invitar, agradecer al intendente, a los concejales, a algunos diputados, a “consejeros”, a *brokers* de distinta laya) con tal de obtener un paso de piedra, pavimento, extensión de la red de alumbrado, teléfono, etc. etc. Pero su activación política más allá de esos horizontes fue prácticamente nula. De hecho, en las regiones que a mí me tocó estudiar, muy pocos dirigentes provenientes del vecinalismo convirtieron su capital en apuestas de partido. En definitiva, las elites peronistas soportaban una contradicción notoria: buscaban ordenar al partido, desarmando las estratagias locales, pero también buscaban movilizar a las bases para defender los derechos obtenidos (en este caso contra el “agiotista”). En ese diseño, la movilización no tendría que surgir desde el partido y aunque parece haber sido un sueño en algunos hombres del peronismo, la movilización de asociaciones como vecinales o clubes tampoco parecía tener futuro.

¿Cuándo la unidad básica pasó a ser considerada como una zona con relativa autonomía, esto es, formalmente considerada de ese modo? La derrota del proyecto de las elites peronistas sobrevino luego del golpe, cuando Perón convocó desde el exilio a que cada casa de un peronista se convirtiera en una unidad básica. Esa retórica selló la suerte del proyecto de Perón y otros dirigentes de hacer de las básicas un organismo rígido y disciplinado.

Nunca más desde los lugares centrales del partido peronista se intentó otra vez cosa parecida.

Es probable que esta historia nos permita revisar los modos en que el peronismo se vincula por arriba con el clientelismo, y nos dice algo, poco, sobre el clientelismo por abajo (nos dice algo importante y es que las asociaciones con más “autonomía asociativa” en algún momento parecían estar dispuestas a entablar cualquier tipo de vínculo clientelar en nombre de sus necesidades de mejoras y ascenso social). Pero se puede decir que no son las unidades básicas las que deben explicar la inextricable relación entre acción política y favores, sino nosotros, comenzado a desandar los presupuestos que habitan la idea del clientelismo como territorio específico de ciertos movimientos sociales como el populismo, o el clientelismo como práctica disminuida o empobrecida de la política a ras de suelo. Un columnista de la revista *Mundo Peronista* después de pontificar en varios números sobre lo que no debe hacerse en una unidad básica, inventó un mensaje de un tal “Máximo Barceló” con el ánimo pedagógico de mostrar exageradamente lo que hacía un “caudillo” en una básica. Este Barceló le preguntó:

“si no se puede gestionar puestos y no se puede recomendar a nadie y no se puede recibir a los amigos para hablar de política ¿me puede explicar para qué son las unidades básicas?”<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> *Mundo Peronista*, número 14, 1952.



Abandonar, sin embargo, una categoría que los propios contemporáneos concibieron de modos específicos, no haría sino empobrecer nuestro entendimiento sobre las problemáticas que investigamos. En los combates contra el “caudillismo” que las elites peronistas emprendieron a los pocos años del nacimiento del Partido Peronista hay signos de una concepción del poder político que entreveía en esa figura tradicional de la política criolla, prácticas disgregadoras, energías centrífugas y un reblandecimiento moral que la hacía peligrosa a los fines de la comunidad soñada. “Energías centrífugas”: el mito de la unidad es fundamental en la acción política de los partidos modernos. Una considerable cantidad de procesos políticos provinciales y municipales a los que los dirigentes debieron hacer frente durante el primer peronismo confirmaba, de alguna manera, el “perjuicio” de lo político. Algunos peronistas, a juzgar por sus estrategias, estaban dispuestos a aceptar la derrota o licuación del peronismo si con ello se garantizaban un lugar en los escenarios futuros (futuros paradisíacos o pos-apocalípticos). Resulta particularmente interesante para pensar la política argentina, al menos la de los últimos setenta años, que durante el primer peronismo, tanto la dirigencia más cercana al líder cuanto la oposición al peronismo hayan entrevisto en la actividad política elementos irracionales que debían ser conjurados, y que, a la vez, hayan comprendido más rápido o más lentamente, que de tales fuerzas estaba hecho el maderamen del movimiento peronista. Esa compulsión entre cómo debían las fuerzas populares y cómo efectivamente actuaban –que duró pocos años y que se desdibujó en las trazas de los mitologemas de la resistencia peronista– es también una figura agónica de la experiencia peronista. Un dibujo que creció sin formas precisas y sobre el que se adivinaron formas futuras. Luego de que la equivalencia entre la básica y la casa peronista estuvo escrita, hacia fines de 1955, la posibilidad de unos pocos iniciados para ejercer la mancia

sobre tales sueños fue desapareciendo del escenario. Se advertirá que tanto el ejercicio académico de contraponer una racionalidad última a la acción política, cuanto el ejercicio académico contrario, esto es, “recuperar” el punto de vista del “cliente” o considerar posiciones de negociación o resistencia en la elección de prácticas clientelares (y sostener el término sin comillas significa no estar dispuestos a abandonar la baliza sobre la desigualdad intrínseca que se manifiesta en la relación clientelar) nos obliga a “intervenir” en la vida social que estudiamos con supuestos que nos alejan de las concepciones de los protagonistas<sup>12</sup>. Es más importante conocer, a los fines de saber qué es clientelar y qué no en la política argentina de los últimos tiempos, el desarrollo de una idea sobre la vida celular de uno los movimientos de masas más importante de América Latina, que el ejercicio y el relato de una reflexión por parte del investigador para decidir cuál de las dos caras del clientelismo como concepto hará suya. Así, de la lucha por definir qué cosas se hacen en las básicas durante los años del primer peronismo –algo que la Unión Cívica Radical no llevó al nivel de sus reglamentos internos, en los que la definición de “comité” no aparece– podemos pasar a la definición de la unidad básica en el reglamento partidario del Partido Peronista de la ciudad de Buenos Aires, según consta en su sitio web oficial:

Artículo 8º: Las Unidades Básicas constituyen organismos descentralizados cuya relación con el Partido Justicialista es exclusivamente funcional. Todos los gastos que demande su establecimiento y funcionamiento serán por cuenta

---

<sup>12</sup> En contraposición al concepto de Fox, más arriba citado, dice Robert Gay: “no hay una relación necesaria entre la participación en el intercambio clientelar y la ideología dominante. En efecto, las organizaciones populares que *eligen* participar en este no sólo pueden ser exitosas en términos de la adquisición de bienes materiales sino también en fomentar culturas de organización, protesta y resistencia colectivas”. Gay, Robert. “Entre el clientelismo y el universalismo. Reflexiones sobre la política popular en el Brasil urbano” en Auyero, Javier (comp.). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1997, p. 79.

exclusiva de sus autoridades legalmente constituidas, no obligando en ningún caso, ni aún en forma subsidiaria al Partido. Son el centro natural de adoctrinamiento y organización de los afiliados. Tienen por misión la difusión de la doctrina Justicialista, la realización de actividades políticas, culturales, comunitarias, y de asistencia social.<sup>13</sup>

La idea de “exclusivamente funcional” en las dos primeras frases se lleva mal con la tradición peronista que se reproduce en los reglamentos partidarios desde el comienzo, escrita en las últimas dos frases. Pero ese entre-lugar (entre existir para el partido o la nación, y existir para la comunidad, la agrupación, la banda o los vecinos) también es la zona liminal que “el partido” y “las básicas” se reservan para sí toda vez que tiene lugar la articulación entre formas de acción política orientadas hacia la unidad y formas de acción política orientadas a las demandas específicas. El “clientelismo” aparece como denuncia de los desfavorecidos o los que no fueron invitados a ese lugar espectral donde la política se mide en afectos.

---

<sup>13</sup> Partido Justicialista de la Ciudad de Buenos Aires. <http://www.pjcapital.com.ar/cartaorgl.htm> [último acceso: 25/05/2010].